UNA LECCION Á TIEMPO.

Comedia en un acto, por Don Manuel M. de la Cueva, *para representarse en Madrid el año de* 1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
Eugenia.....	
Luis.....	
El Conde.....	
Victor.....	
Bartolo.....	

El teatro representa un salon sencillo; en el foro, una puerta y dos ventanas; á la izquierda, puerta y chimenea, delante de la cual habrá un confidente; á la derecha dos puertas.—Sillas y velador á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

Bartolo, *dormido;* Eugenia, *saliendo por la derecha.*

(Al levantarse el telon, habrá en el velador un velon ardiendo. Bartolo está dormido en una silla, colocada en el foro, de parte á parte, delante de la puerta. La escena á media luz.

Eug. (*sin ver á Bartolo.*) Ya es tarde y el Conde estará despierto. Voy á avisar al pobre Bartolo que ha pasado la noche de centinela en la parte de afuera, con un tiempo tan frio!... que ya puede entrar. (*se dirige al foro para salir y vé á Bartolo.*) Calla!... está aquí... y duerme!... (*meneándolo.*) Bartolo... Bartolo...

Bar. Hem!... (*despertando sobresaltado.*) Le digo á usted, mi comandante, que el señor Conde no está aquí.

Eug. Silencio, desgraciado!

Bar. Ah!... es usted, señora! (*se levanta.*)

Eug. Es asi como guardas la entrada de la quinta?

Bar. Perdone usted, señora; acabo de entrar, y me senté ahí... para reflexionar...

Eug. Si no podias resistir al sueño, debias haberme avisado. Ignoras que el Conde se oculta? Que de un momento á otro pueden venir á prenderle?

Bar. Ya lo sé, por ese desafío que ha tenido en Madrid; que su padrino se ha visto obligado á huir y á esconderse en la quinta inmediata de la baronesa; pero no siempre podrán jugar al escondite con la justicia.

Eug. El Conde espera que sus amigos acabarán por arreglar ese asunto; y, en todo caso, habrá evitado los tres ó cuatro meses de prision que precederian á la sentencia.

Bar. Ah! vamos!... por eso ha venido á esconderse aquí, en la quinta del amo...

Eug. Que desgraciadamente estaba ausente cuando llegó el Conde; de modo que yo sola soy responsable de su seguridad.

Bar. Tranquilícese usted, señora; nadie sospecha nada. Toda la noche he estado de centinela, y no hubiera podido pasar siquiera una liebre sin darle yo el quién vive.

Eug. Sin embargo, cuando llegué...

Bar. Estaba ocupado en reflexionar.

Eug. Con los ojos cerrados?

Bar. Si, señora... para no distraerme... asi hago siempre que reflexiono.

Eug. En fin, estás cierto que el Conde no se ha levantado todavía?

Bar. Levantado?... Quiá! Vaya! Figúrese usted si yo lo sabria... (*aparece el Conde en la puerta del foro.*) yo que estoy tan acostumbrado á velar y á oir el ruido mas leve... Toma! como que por eso me ponian siempre en el pueblo de acecho...

Eug. A tí?

Bar. Si señora... yo era nacional, y cuando se acercaba la faccion, todos los vecinos me elegian por aclamacion para escucha... De modo que tengo el oido tan sutil, que si el señor Conde se hubiese siquiera movido, al momento le hubiese yo sentido.

ESCENA II.

Eugenia, *el* Conde, Bartolo.

Con. Y soy de ello buen testigo.

Eug. Cielos! el Conde. (*volviéndose.*)

Bar. Calla! habia usted salido?... (*estupefacto.*)

Con. Al amanecer. (*riéndose.*)

Eug. Y á eso llamas estar de centinela? (*á Bartolo.*)

Con. (*riendo.*) Ese pobre muchacho creia cumplir asi su servicio de soldado ciudadano. Pero anda y mete en la cuadra el caballo, que he dejado á la puerta cubierto de sudor.

Bar. Al instante, señor Conde. (*vase.*)

ESCENA III.

EUGENIA, *el* CONDE.

EUG. Qué imprudencia!... Salir así, esponiéndose á ser descubierto.

CON. Qué importa? Nadie me conoce en este pais. Me elogió usted tanto la hermosa coleccion de camelias de su vecina la baronesa, que, no bien rayó el dia, fuí al invernadero de su quinta para traerle este ramo. (*le presenta un ramo.*)

EUG. Es posible!... (*tomándole.*) Ah! señor Conde, es usted muy galante.

CON. No tal... ese ramo es en pago de los que me daba en otro tiempo todas las mañanas... cuando mi madre habitaba su quinta de Carabanchel.

EUG. (*coloca el ramillete en el velador.*) En la que tuvo la bondad de recibirme á mí, pobre aldeana, para dividir con usted los pasatiempos y las lecciones.

CON. (*con alegría y haciéndola sentar.*) En las que usted adelantaba mas que yo.

EUG. El otro dia, ojeando mis papeles de música, encontré aquellos nocturnos, cuyo acompañamiento tocaba usted al violin.

CON. Y que solo salian bien cuando llevaba el compás...

EUG. Recuerda usted las traducciones del Telémaco?... Porque tambien estudiábamos juntos el francés.

CON. Y cuando leíamos el Robinson?...

EUG. Oh! usted estaba decidido á ir á habitar en una isla desierta...

CON. Contando conque usted seria mi Domingo.

EUG. Pero se fué usted á vivir á Madrid.

CON. Y usted, á pesar de aquella educacion que la hizo superior á las de su clase, se casó en Aragon con un labrador!

EUG. Y no me arrepiento de ello, señor Conde.

CON. Oh! ya sé que su esposo es el hombre mas importante de la comarca. Sin conocerle, le declaro digno de ser elector é indivíduo del ayuntamiento... Sé tambien que en su quinta han encontrado un lugar preferente los libros de usted y su piano; pero no deja por eso de ser un campesino... Ay! Eugenia, no era eso lo que yo soñaba para nosotros. (*le toma la mano.*) Porque siempre me acuerdo de nuestro antiguo afecto.

EUG. (*levantándose.*) Tiene algun motivo el señor Conde para dudar de mi adhesion, de mi amistad?..

CON. Ah! no era precisamente amistad lo que, en otro tiempo, sentíamos el uno hácia el otro... No. (*movimiento de Eugenia.*) Y tanto era así, que asustada mi madre de aquella naciente pasion, me mandó á viajar con mi ayo.

EUG. (*turbada.*) De qué sirve traer á la memoria?... (*pasa á la izquierda.*)

CON. (Está turbada; bueno! sigamos con la pasion.) (*alto, con sensibilidad cómica.*) De qué sirve? Oh! usted ha olvidado aquellos recuerdos; pero yo los conservo todavía vivos en mi corazon.

EUG. Qué dice usted?

CON. (*como antes.*) Sí; la separacion y la ausencia han podido hacer á usted creer que habia abandonado aquel sueño de los primeros años; porque permanecia en Madrid, mezclado en todos los placeres del mundo, creyó usted que me aficionaba á ellos, y tomó mi disipacion por alegría!

EUG. Y no lo era?

CON. No; era desesperacion.... desesperacion oculta.

EUG. Es posible! (*sorprendida.*)

CON. Ah! no trato de engañar á usted, Eugenia; queria curarme de aquel amor; pero todos mis esfuerzos fueron inútiles, y solo conseguí clavar mas profundamente el dardo que me hirió.

EUG. (Pobre jóven!)

CON. Su recuerdo de usted me perseguia por todas partes; necesitaba aliviar el corazon hablando de mi amor, y sin embargo, solo lo confié á uno de nuestros paisanos, que usted conoce, á Fernando.

EUG. Al que hirió usted en desafío?

CON. Y lo mereció! Pues abusando de mi confianza, se atrevió á burlarse de la constancia de este amor.

EUG. Cómo! Fué ese el motivo del duelo?

CON. Que bendigo, puesto que me ha traido cerca de usted, Eugenia; de usted, que no puede ser insensible á tan fiel cariño...

EUG. Señor Conde... (*turbada.*)

CON. Oh! estoy seguro de ello; usted misma no puede haberme visto de nuevo sin turbarse; sí, está usted conmovida... tiembla!... Ah! usted me escuchará... es preciso...

ESCENA IV.

EUGENIA, *el* CONDE *y* VICTOR, *saliendo por la puerta del foro.*

VIC. Ah!... perdonen ustedes...

EUG. D. Victor!... (*separándose con presteza.*)

VIC. Perdonen ustedes; no sabia que era preciso anunciarse.

CON. Nada de eso; precisamente te aguardaba...

VIC. De veras?... Conque me aguardabas?... (*dando la mano al Conde.*) (Mi amigo no desperdicia el tiempo.) (*viendo que Eugenia hace movimiento para marcharse.*) Pero si mi presencia incomoda á esta señora, me retiro.

EUG. No, quédese usted. Voy á mandar que no dejen entrar á nadie. (*saluda y vase por el foro.*)

VIC. Vamos!... parece que la cosa marcha?

CON. Sí; pero no avanza.

VIC. Demonio! Como los coches de alquiler.

CON. Luego llegas justamente en el momento en que iba á hacerla hablar! (*incomodado.*)

VIC. Cómo! Al cabo de ocho dias que habitas en la quinta, estás ahí todavía? Tú, el D. Juan Tenorio de Madrid! Vaya! Amigo mio, confiesa que si tanto te cuesta salir con tu empresa, es porque estás distraido en otra parte.

CON. Yo?

VIC. Sí, sí; tengo sospechas! Tú has sido antiguamente en Madrid, uno de los apasionados mas decididos de la Baronesa; y hace algunos dias que visitas mucho su quinta.

CON. Para verte.

VIC. Ah! y para verme llegas siempre cuando yo no estoy?

CON. Cómo? (*levantándose.*)

VIC. Escucha, querido; comprendo la chanza, y la prueba es que siempre estoy dispuesto á hacer por mi parte lo mismo con los demás; pero querer ocupar el puesto de un amigo, cuando no está casado, es contrario á todos los buenos principios, y te advierto que no lo sufriré.

CON. Ah! ya caigo!... tus celos solo nacen del amor propio humillado; y para consolarte de no conseguir nada de la baronesa, quieres achacarlo á un rival.

Vic. Un rival?... Pardiez! Tengo uno, ostensible, declarado; sí, amigo, el juez de primera instancia del partido.

Con. De veras?

Vic. Hace á la quinta visitas interminables; y como sospecho que tendrá mis señas, no me atrevo á mostrarme.

Con. De modo que mientras él hace la corte á la baronesa...

Vic. Yo me achicharro la sangre!

Con. Já! já! já! perfectamente! (*riendo.*)

Vic. Ríete cuanto quieras; pero esto no puede continuar; es una situacion intolerable...

Con. Al contrario; esa situacion se convierte en provecho de tu gloria; porque durante sus visitas puedes entregarte á tu arte...

Vic. Calla! tambien eres tú de los que creen que un pintor es un hombre que pinta?

Con. Asi me lo parece...

Vic. Pues no, querido! Eso era bneno para los antiguos! En nuestra época, es indispensable que un artista se perfeccione... es decir, que asista al Casino; que almuerce en el café Suizo; que frecuente el teatro real, la zarzuela y los bailes de máscaras. Asi es como yo mismo me he formado un nombre!... Soy conocido por el pintor que mejor sabe beber, manejar un florete, montar á caballo...

Con. Y contraer deudas. (*fumando junto al fuego.*)

Vic. Por perfeccionarme en todo... (*disponiéndose para fumar.*) Ay! querido, (*con tono profundo.*) el arte exige el estudio de todas las pasiones; el arte es un occéano de fuego... un horno... Dame un fósforo...

Con. Toma.

Vic. Mira, conozco que para hacer una obra maestra, solo me falta... una ocasion! Hay momentos en que mi imaginacion se exalta; en que siento en mí el alma de Rubens, de Rafael y de Miguel Angel. Pero si no tengo cigarros... (*el Conde le dá un cigarro, ambos se acercan á la chimenea y se calientan.*)

ESCENA V.

Los mismos, Luis *y* Bartolo.

(Luis en traje de camino, con capa y sombrer o de ala ancha, látigo en la mano, y cubierto de nieve; sale por el foro, con Bartolo, sin ser visto del Conde ni de Victor, que estarán de espaldas.)

Luis. (*á Bartolo.*) Y dices que hace muchos dias está aquí el Conde?

Bar. (*señalando por la chimenea.*) Si señor. Mírele usted; allí está con su amigo.

Luis. Muy bien; anda y avisa á la señora mi llegada. (*Bartolo se vá por la derecha.*)

Vic. Quién está ahí? (*que ha oido hablar y se vuelve.*)

Luis. (*quitándose el sombrero.*) Señores... tengo el honor...

Con. Ola... quién es?...

Vic. Algun trabajador! (*el Conde y Victor se ponen á hablar sin hacer caso de Luis.*)

Luis. Perdonen ustedes si les molesto... pero acaban de decirme... (*el Conde y Victor, que continuan hablando, le vuelven la espalda sin mirarle ni escucharle.*) Calla! ni siquiera me miran... (*acercándose.*) Saludo á ustedes, señores.

Con. Buenos dias, buenos dias. (*con distraccion.*)

Vic. (*volviéndose.*) Qué hay, amigo? A quién buscas?

Luis. Hem! (*admirado.*)

Vic. (*flechándole con los quevedos.*) Oh! es un robusto mancebo... Segun veo, lo pasas bien, eh?

Luis. Muy bien, querido; y tú?

Vic. Cómo, tú?

Luis. Oh! no sabia que fuéramos tan amigos.

Con. Vaya, buen hombre, acabemos; qué necesita usted, qué desea?

Luis. (*sacudiendo el sombrero.*) Por el pronto lo que mas deseo es librarme de la nieve.

Con. Está nevando? (*yendo á la ventana del foro.*)

Vic. Pues es verdad! (*mirándole con los quevedos.*) No lo habia reparado... De dónde diablo sale?

Luis. No, si no salgo; al contrario, entro.

Vic. Ah! Ya caigo; es el bufon del pueblo... Oh! y tiene un talle escelente... Vuélvete un poco, querido... para que pueda examinarte...

Luis. Examinarme! Qué?

Vic. Pero es que tiene una gracia... un acento...

Con. Retrátale. (*que está junto á la chimenea.*)

Vic. Pardiez, tienes razon. (*sacando un libro de memoria.*)

Luis. (Qué irá á hacer.) (*alto.*) Permita usted, caballero...

Vic. Venga esa silla. (*señalando una silla.*)

Luis. Qué?

Vic. Que traigas esa silla.

Luis. Ah! (*trayendo la silla.*) Ustedes quieren que yo les sirva...

Con. Toma, (*dándole su sombrero.*) y coloca por ahí mi sombrero.

Luis. Yo?... (*tomando el sombrero.*) En efecto, no se necesita sombrero sino cuando se saluda... (Estos señores estan aquí á sus anchas.) (*Luis coloca el sombrero sobre el velador; el Conde está de pié cerca de la chimenea, hácia el foro; y Victor sentado delante del hogar, dibujando.*)

Vic. (*á Luis.*) Ahora, quieto ahí... sin moverse. (*Luis sacude la nieve de su capa.*) No, no... no hay que sacudir la nieve... Es de muy buen efecto en la capa... y mucho mas pintoresco.

Luis. Si será, pero es poco caluroso.

Con. Conque tenemos frio?

Luis. Seguramente.

Vic. (*acercándose al fuego.*) Bah! pues á mí me parece, sin embargo, que ha templado mucho el tiempo.

Luis. Desde que está usted junto al fuego, no es esto? Asi sucede siempre generalmente!... (*tomando una silla para acercarse á la chimenea.*) Y si hubiera en él sitio para tres...

Vic. (*dibujando.*) No, quieto, quieto ahí; despues pasará á la cocina... el hogar es mas grande...

Luis. Ah! perfectamente!... (*aparte.*) (Pues señor, de fuera vendrá quien de casa nos echará. Veamos si es posible cambiar de posicion con estos señores.)

Vic. (*dibujando.*) Ese traje hará muy bien á caballo, con un efecto de nieve!... Se habrá venido á caballo, eh? (*á Luis.*)

Luis. Si señor; y hubiera llegado antes, sino hubiese entrado en la quinta de la baronesa, para hablar al administrador... Luego, al salir, encontré al comandante de la guardia civil...

Con. Al comandante?

Luis. Sí, el comandante Gutierrez... un jóven que es el terror de todos los bribones del país... Ustedes deben conocerle...

Vic. Y entró en la quinta?

Luis. Con dos guardias.

Vic. (Diantre!)

721110

Con. Qué significa?...
Luis. (*acercándose.*) Por ventura disgusta eso á ustedes?
Vic. Ni por pienso; pero sabe usted si vendrán por aquí?
Luis. Ya lo creo... como que descansarán en esta quinta.
Vic. En esta quinta? (*levantándose.*)
Con. (Dios mio!)
Luis. Oh! y no tardarán... (*señalando la ventana.*) Quizá se los vea ya desde ahí.
Con. Ah! es verdad, estas ventanas dán al camino. (*corre á una de las ventanas del foro, y Victor á la otra.*)
Luis. (*aparte.*) (Vamos, ahora no necesito pasar á la cocina.) (*apoderándose de la chimenea.*)
Con. No los descubres? (*en la ventana á Victor.*)
Vic. Y tú? (*en la otra ventana.*)
Con. Por mas que miro...
Vic. Yo nada veo...
Luis. (*calentándose con la espalda vuelta al fuego.*) Quédense usted á ahí esperándolos... y estudiarán mejor los efectos de la nieve.
Con. (*á media voz llevando á un lado á Victor.*) (Si este hombre no se engaña, nos buscan.)
Vic. (*á media voz al Conde.*) (Asi lo temo; convendría asegurarnos, preguntándole.)
Luis. (*á Victor.*) Qué! no dibuja usted mas?
Vic. No, amigo mio, no; (*acercándose.*) pero diga usted... le habló el comandante?
Luis. Ya lo creo; como que me ha dicho haber recibido órdenes del juez de primera instancia...
Vic. Del Juez?
Luis. Sobre dos personas que se ocultan... (*se quita la capa.*) Póngame usted la capa por ahí.
Con. (*acercándose.*) Conque dos personas que se ocultan?...
Luis. Si, á causa de no sé qué lance... (*se quita los guantes de abrigo y se los dá al Conde.*) Caballero, quisiera usted desembarazarme de mis guantes?..
Vic. Dice usted, que con motivo de un lance... un lance de honor, tal vez?
Luis. Si, un lance de honor... (*dando su latigo á Victor.*) Perdone usted; todavía me queda el látigo...
Con. (*llevando á un lado á Victor.*) (No hay duda. Si continuamos aquí, nos prenden.)
Vic. (Pero á donde ir?... Cómo marchar en este momento?) (*alto.*) Mira, la nieve sigue cayendo.. Hace un tiempo horroroso!
Luis. Es admirable!... (*ensanchándose delante del fuego.*) Ahora soy tambien de la opinion de ustedes; me parece que el tiempo ha templado mucho.
Con. (Este hombre se burla de nosotros!)
Vic. (Asi lo creo.)

ESCENA VI.

Los mismos, Eugenia, Bartolo.

Eug. (*desde dentro á Bartolo.*) Porqué no me has avisado al momento?
Luis. Ah! querida esposa! (*corriendo á abrazar á Eugenia.*)
Con. (*admirado.*) (Es el arrendatario!)
Vic. (El marido!)
Luis. (*á Eugenia con ternura.*) Cuán dichoso soy volviéndote á ver! Iba á abrazarte; pero estos caballeros me han recibido de un modo tan amistoso, han encontrado tan pintoresco mi traje de camino, que me he detenido á pesar mio.
Con. Cómo! Es D. Luis?... Cuánto siento no haberle reconocido!
Luis. Eso acontece cuando no se conoce á las personas.
Vic. Pero cómo es posible que yo no lo haya adivinado, yo, que soy un lince... que tengo un golpe de vista tan certero? Vamos, hay dias en que se vuelve uno tonto.
Luis. Sí, eso sucede diariamente á ciertas gentes. Además, cualquiera se engañaría; (*tomando la mano de Eugenia.*) porque al ver á la arrendataria tan bien educada, tan elegante y tan hermosa, cómo adivinar que un labrador tosco, cual yo, sea su marido?
Eug. Qué dices Luis?
Luis. Oh! no creas que lo siento! La superioridad de la que amamos, no nos humilla... Al contrario, nos honra... y además, eso me recuerda todo lo que debes á la señora Condesa, y me hace doblemente dichoso, pudiendo ser útil á su hijo.
Con. Pero usted nos ha asustado ahora mismo!
Luis. Yo! Perdone usted, señor Conde; usted mismo ha sido el que se ha asustado.
Vic. Sin embargo, esos guardias civiles que usted ha encontrado...
Luis. Iban en busca de dos criminales que creen ocultos en el pais... Pero no hay que temer; desde ahora soy yo quien velará por usted, señor Conde, y quien le seguirá á todas partes.
Vic. (A todas partes! Me alegro.)
Con. Permita usted, no quisiera abusar...
Luis. No, no, es mi obligacion. Yo debo responder de usted, y entro en ejercicio desde esta mañana. Dejo á usted un momento para dar algunas órdenes á Bartolo, y vuelvo.
Vic. (*bajo al Conde.*) (Diantre! esto te impedirá...)
Luis. (*abrazándola.*) Qué hermosa eres, Eugenia mia! (*movimiento del Conde.*)
Eug. Qué haces? (*desviándose.*)
Luis. Ah! es verdad... Esto es de mal género... Un marido bien educado no debe ocuparse de su esposa... Deja ese cuidado á los demás. Y dicen que no faltan moscones por todas partes.
Vic. Si, por todas partes. (*riendo.*)
Eug. Luis... (*turbada.*)
Luis. Pero bah! un lugareño tiene permiso para todo. (*abraza á Eugenia.*)
Vic. Si, si le es igual ser ridículo. (*irónicamente.*)
Luis. Ya sabe usted por esperiencia, que eso no mata. Pero perdone usted, señor Conde, vuelvo al momento.
Con. No se incomode usted.
Luis. Tranquilícese usted, no le abandono. (*se vá por el foro y Eugenia por la derecha.*)

ESCENA VII.

El Conde, Victor.

Con. Maldito marido!
Vic. Já, já, já! pobre amigo mio! (*mirando al Conde y riéndose.*)
Con. Yo no me rio, querido.
Vic. Precisamente eso es lo que me hace reir á mí.
Con. Te ries, cuando todas mis esperanzas se convierten en humo!
Vic. Pardiez, hace poco hallabas muy gracioso el que me viera obligado á batirme en retirada delante

del juez; tú vas á estar custodiado por el marido, y eso es mu ho mas chistoso.

CON. Llegar en el momento en que creia obtener el logro de mis deseos; porque cuando antes la hablé estaba turbada; otra entrevista, y la victoria era segura.

VIC. Y renunciarás á ella?

CON. Pero cómo tener una conferencia, ahora que su marido no se apartará de mi lado?

VIC. Y eso te detiene? A la verdad que no te conozco! Invencion, paciencia, audacia, todo, todo lo has perdido!

CON. Quisiera verte en mi lugar.

VIC. Querido, á mí cuando un marido me estorba, me basta un minuto para deshacerme de él.

CON. Oh! tú lo encuentras todo fácil; pero si te vieras en tal lance, apuesto á que no harías nada.

VIC. Ola! me desafías?

CON. Pruébame que me equivoco.

VIC. Si?... Pues bien, yo me encargo del marido.

CON. Qué, de veras, le detendrás?

VIC. Si, si obtienes una cita de Eugenia.

CON. Asi lo espero.

VIC. Aquí está el marido.

ESCENA VIII.

Los mismos, LUIS.

LUIS. Lleva todo eso á la señora. (*en el bastidor. Sale cargado con una maleta, una cesta, lazos para cazar topos, y dos floretes.*) Dispensen ustedes; acabo de enviar á mi mujer lo que la traia; libros, música, cintas... Y para mí estas frioleras... (*coloca lo que trae en el aparador del foro.*) Brrr... hace un frio! (*tiritando.*) Asi es que acabo de encargar un ponche de vino caliente; es lo mejor para el invierno, porque produce el mismo efecto que el sol en un barómetro... sube, sube!...

VIC. (*yendo al foro cerca del aparador*) Oh! Escelentes floretes...

LUIS. Sí; los habia prestado al hijo del Alcalde, que me los ha devuelto al pasar... (*á Bartolo, que sale con la música.*) Y bien, á dónde vas?

BAR. Me ha mandado la señora ponga esto en el piano.

LUIS. Dónde está Eugenia?

BAR. En el cuarto verde, arreglando la biblioteca. (*vase.*)

LUIS. Cuidado que es mucho afan de cansarse!

CON. Corro á ayudarla.

LUIS. Voy con usted...

CON. Ruego á usted que no se moleste...

LUIS. Oh!... yo conozco muy bien mi obligacion...

VIC. Segun parece, tiraba usted antiguamente, querido?

LUIS. Si, he tirado alguna cosa... El sacristan del pueblo fué el que me dió las primeras lecciones...

VIC. (*riendo.*) El sacristan!... já! já! já! pardiez! tendría curiosidad en conocer lo que le enseñó á usted el sacristan.

CON. Pues, hombre, nada mas fácil; (*de pronto.*) aquí hay dos floretes. (*toma los floretes y los presenta a Victor y á Luis.*) Ea, señores, un asalto!

LUIS. Oh, dispense usted... no me atrevo á...

VIC. Por qué no? (*manejando su florete con aire de seguridad.*) Ya hace mucho tiempo que no veo á Cea... y no me disgustaría adiestrar un poco la mano.

LUIS. Seguramente sería... mucho honor para mí; pero...

CON. Vaya, siquiera algunos pases... (*obligándole á tomar el florete.*) No puede usted rehusar eso á un huésped.

LUIS. Si tanto se empeña usted...

VIC. Si, querido, si... con eso aprenderé los golpes que le enseñó á usted el sacristan.

LUIS. Entonces, obedezco.

CON. Muy bien; pues yo dejo á ustedes.

LUIS. Eso es; dígale usted á mi esposa que este caballero me ha detenido.

CON. Descuide usted.

VIC. (*bajo al Conde.*) (Anda, querido anda, Aprovecha el tiempo; yo le tendré aquí clavado en la punta de mi florete.)

LUIS. Y vuelva usted pronto para que bebamos el ponche. (*al Conde que se vá.*)

ESCENA IX.

LUIS, VICTOR.

VIC. Ea! amigo... (*irónicamente.*) ahora nosotros... Eh?

LUIS. (Parece que este mocito está muy seguro del lance, y quiere divertirse á mi costa!)

VIC. Vaya, pongámonos en guardia.

LUIS. Usted, sin duda, será muy fuerte?

VIC. (*con fatuidad.*) No; fuerte, no... pero tiro un poquito... Vamos... atencion. (*se pone en guardia con la mano detrás de la espalda.*) Ea! una, dos, pare usted... (*Luis le dá un botonazo.*) Calla!... Creo que me ha tocado usted.

LUIS. Si?... Cree usted?...

VIC. Palabra de honor! (*continuan tirando.*) Pero no es estraño, siempre sucede eso... cuando se tira con quien lo hace por principios, es fácil ser sorprendido con un golpe de torpeza. Heim! (*Luis le dá otro botonazo.*)

LUIS. Qué es eso? No lo hago todavía por principios?

VIC. No, he tenido una distraccion; pero el golpe no ha llegado.

LUIS. Pues á mí me parece...

VIC. Le digo á usted que no ha llegado... qué diablo! Estoy seguro de ello... Pero ya se vé... se defiende usted tan mal... que no puedo...

LUIS. Pues ahora veremos! (*se dirige á la chimenea y ennegrece el boton de su florete.*)

VIC. Calla! Qué hace usted, querido?

LUIS. Nada; tizno el boton, para que marque cuando vuelva usted á distraerse.

VIC. Pues me gusta!

LUIS. Es una invencion del sacristan... De este modo nunca hay trabacuenta. y se pueden contar todos los golpes... Vá usted á verlo.

VIC. Sí, vamos á verlo... Esta vez quiero poner cuidado. (*se pone en guardia con cuidado, pero de suerte que el público no le vea el pecho. Luis se coloca delante de él, casi sin ponerse en guardia.*)

LUIS. Eso es... cúbrase usted, caballero; cúbrase usted mas; sino, hay asi un golpe seguro que llega siempre... Veálo usted. (*le tira un botonazo.*)

VIC. Ah!...

LUIS. Y todavía hay un segundo; mírelo usted... (*le tira un segundo botonazo.*) Tambien manejando hiere el florete, puede haber un tercero. (*le tira un tercer botonazo.*)

VIC. Canario! (*retrocede defendiéndose.*) Es particu-

lar... tira perfectamente (*Luis le tira nuevos botonazos.*) Bien tira usted, querido, bien.

Luis. No se desvie usted; así, (*continua tirándole botonazos.*) no hay nada mas malo... ya vé usted que eso le impide parar... y todos los golpes llegan.

Vic. Oh! no señor... todos los golpes no... porque este es un sistema... y para que usted se convenza, voy á tomar ahora mismo la iniciativa.

Luis. De veras?

Vic. Vá usted á verlo... (*Luis le hace saltar el florete.*) Ah!

Luis. Recobre usted el florete. (*irónicamente.*)

Vic. Demonio!... qué muñeca!... (*cuya mano está adormecida.*)

Luis. Vaya! (*haciéndole volverse.*) Veamos ahora cuantas torpezas he hecho.

Vic. Ay! Dios mio! Bueno estoy! (*mirándose el chaleco, cubierto de puntos negros causados por los botonazos.*)

Luis. Y bien, no cuenta usted!

Vic. (*abrochándose hasta arriba.*) No hay para qué. (*incomodado.*) Voy á tomar la revancha; empecemos de nuevo.

Luis. Es muy justo... es preciso terminar el mosqueado. El sacristan decia que en el regimiento llamaban á eso un chaleco.

Vic. Cómo en el regimiento?

Luis. Sí señor, antes de tener por gefe de fila al cura, tuvo á Mina... Oh! el sacristan era un valiente veterano de la guerra de la independencia.

Vic. Oh! ya comprendo.

Luis. El tambien fué el que me aficionó á la milicia y el que me impidió comprar un sustituto, cuando caí soldado.

Vic. Con que usted ha servido?

Luis. Ocho años... en el regimiento de húsares, donde fuí maestro de armas.

Vic. Maestro de armas?... Pero, hombre, debia usted haberlo dicho! (*aparte.*) (Y yo que le tomé por un aprendiz!...) Vaya! no pasemos adelante... lo dejarémos aquí.

Luis. Como usted quiera... (*deja el florete hácia el foro.*)

Vic. (Que se arregle el Conde como pueda, no quiero servir de blanco á este hombre.) (*sale Bartolo con una ponchera.*)

Luis. Bravo, ya está aquí el ponche! (*acerca al fuego una mesita y manda colocar en ella la ponchera.*) Usted disimulará si no es tan bueno como en los cafés de Madrid.

Vic. En el campo todo se bebe; y como dice Horacio: *Vilem potabis sabinum.*

Luis. *Vilem?* No, *vile.*

Vic. Hein?

Luis. Concuerda con *sabinum*, que es neutro... *Vile potabis sabinum cantharis.*

Vic. Con que tambien sabe usted latin?

Luis. Es decir, lo aprendí... mi familia queria dedicarme á la iglesia, pero me faltó la vocacion... (*á Bartolo.*) Avisa al Conde que está en la biblioteca con la señora.

Bar. Perdone usted; cuando la señora le vió entrar, recordó tenia que hacer en otra parte, y el señor Conde se retiró á su cuarto.

Vic. (Para escribirla, sin duda.)

Luis. Voy á buscarle.

Vic. (*deteniéndole.*) No... no... Es inútil... está ocupado.

Luis. Ah!

Vic. Sí, un asunto particular... (*con aire burlon.*) Vamos, el ponche se enfria; Bartolo avisará al Conde.

Bar. Al momento. (*vase por la izquierda.*)

Vic. (Para que el amante tenga tiempo sobrado, voy á achispar al marido.) (*alto.*) Ea, sentémonos á la mesa. Y ahora voy á tomar mi revancha. Le advierto á usted, que bebiendo he hecho frente á tres ingleses.

Luis. Hombre!... entonces quisiera verle á usted mano á mano con el comandante Gutierrez... Ese valiente tiene sobérbias facultades; es capaz de beber sin tener sed, lo menos cuatro dias seguidos.

Vic. Ah! apropósito del comandante; sabe usted que rido, que nos asustó al llegar.

Luis De veras?

Vic. Como que al pronto creimos que era preciso marcharnos.

Luis. Y usted sentiria abandonar la quinta!... Ya se vé, cuando uno se encuentra bien...

Vic. Eh! nada de alusiones! Todo cuanto hayan podido decirle es falso!... La baronesa es un ángel á quien se debed aorar de rodillas.—Pero beba usted, querido. (*Victor bebe y continúa bebiendo toda la escena, hasta achisparse, creyendo achispar á Luis.*)

Luis. En verdad que es una rubia hermosísima.

Vic. No es cierto? (*con fatuidad.*) Yo siempre he preferido las rubias.

Luis. (*irónicamente.*) Vea usted que felicidad que su marido haya sido tambien del mismo gusto... Porque en fin, habria podido casarse con una morena, y eso le hubiera sido á usted desagradable.

Vic. Muy desagradable!.. Pero la baronesa tiene una blancura!... y la cintura, querido, ha reparado usted la cintura? (*bebe.*)

Luis. Ya veo que usted es conocedor!

Vic. Amigo, un pintor busca siempre lo bello; lo ama á su pesar, y lo desea... por interés del arte. Beba usted. (*bebe.*)

Luis. Oh! eso mismo creia yo... Con que esos duos que canta usted con la baronesa; esos paseos que dan ustedes juntos todas las noches; esas lecturas á solas... por interés del arte...

Vic. Siempre.

Luis. Falta saber si el marido, que no es artista, lo comprenderá así.

Vic. Cómo?

Luis. Quién sabe! El tambien puede figurarse lo que todos creen... y en ese caso, tal vez desaprobará que despues de haber recibido á usted en su casa, sin desconfianza, como amigo, se haya usted aprovechado de ello para ponerle en ridículo... Hay gentes que tienen tan mal carácter!

Vic. (Ya está achispado.)

Luis. Sé que usted me dirá que esto es cosa admitida, y que no por eso se deja de ser honrado! Pardiez! Mataríamos al que quisiera tocar á la reputacion de nuestra madre, de nuestra hija, de nuestra hermana, pero, para las hermanas, hijas y madres de los demás, es muy diferente; se las engaña, si se puede, y luego se rie uno de ello.

Vic. (Ya no sabe lo que dice.) (*alto.*) Ea! basta de sermones!... No me gusta la moral, querido.

Luis. Le gusta á usted mas el vino caliente, no es esto?

Vic. Justo... (*mirando la ponchera.*) Pero se ha acabado.

Luis. Harán otro. Eh! Bartolo!

VIC. No; ahora un ponche de rom! Yo me encargo de él... Bartolo!
LUIS. Bartolo! Bartolo! (*llamando.*)
BAR. Señor!
VIC. Azucar y rom.
BAR. Aquí están. (*yendo al aparador.*)
LUIS. Y el conde?
BAR. Vá á venir. (*poniendo en la mesa un azucarero y una botella.*)
VIC. (*borracho.*) Ola! ya! Conque se ha terminado la entrevista?
LUIS. Cómo?
VIC. Nada, querido... nada... No vá con usted; bebamos. (*riendo.*) Já! já! já! el Conde le prepara á usted una sorpresa.
LUIS. A mí?
VIC. Sí; pero no haga usted caso.—Muchacho, no hay limon?
BAR. Limon?...
LUIS. (*levantándose.*) Si, hombre; debe haberlo... (*lleva á Bartolo aparte y le dice.*) Está el Conde en su cuarto?
BAR. No señor, acaba de salir, y me ha dado esto... (*le enseña un album.*)
LUIS. Un album!
BAR. Para la señora.
LUIS. Yo me encargo de él... (*tomándole.*)
BAR. Perdone usted, pero me ha dicho que era preciso dárselo al momento, sin que nadie lo viera.
LUIS. Cómo?
VIC. Qué es eso? (*que ha estado ocupado en preparar el ponche, se vuelve.*)
LUIS. Pero no me has oido?... (*muy alto á Bartolo.*) Te digo que vayas á buscar el limon.
BAR. Usted me ha hablado de limon? (*admirado.*)
LUIS. En la cocina habrá.
BAR. Pero...
LUIS. Anda corriendo... No puede uno hacerse entender... Anda... (*vase Bartolo.*)
VIC. (*riendo.*) (Efectivamente, creo que no pueden entenderse!... El amo no sabe ya lo que se dice, y el criado es un estúpido.)
LUIS. (*abre el album y lo ojea.*) Tengo curiosidad por saber lo que hay dentro de este album. Sin duda serán dibujos... ó música... Ah! no... un billete!
VIC. Vaya, acérquese usted.
LUIS. Al momento. (*leyendo el billete.*) Oh! Dios mio! Está en francés.
VIC. Hem?... Qué habla usted de francés? Lo sabe usted por casualidad?
LUIS. No, desgraciadamente.
VIC. Idióma magnífico, querido!... Y su música!...

CANTA.

Desde que estamos aquí, el Conde y yo hemos cantado con la baronesa todo el Freischutz.

LUIS. De veras! Si pudiera saber por él... (*á Victor que continúa cantando.*) Ola! Conque canta usted en francés con la baronesa!... Entonces, será probable que lo escriba usted tambien?
VIC. Por qué me pregunta usted eso?
LUIS. Porque entre la música que me han devuelto esta mañana en la quinta de la baronesa para mi esposa, he encontrado un billete olvidado... y que debe haber sido escrito por usted.
VIC. Por mí?...
LUIS. O por el conde, porque está en francés.
VIC. Está usted seguro?...
LUIS. Véalo usted. (*dándole el billete.*)
VIC. La letra es del Conde!... (*lee.*) «Femme trop aimée il faut, que je vous parle»...
LUIS. Ah! Lee usted en francés... Conque no lo entiende usted?
VIC. Perfectamente.
LUIS. (*con aire de duda.*) Pues á mí se me figura que no.
VIC. Qué no? Puedo traducírselo á usted. (*lee traduciendo.*) «Amada mia, es preciso que hable con usted... Vá en ello la felicidad y el reposo de ambos»...
LUIS. Eso dice? (*sorprendido.*)
VIC. Véalo usted... Ah! no... me olvidaba que usted no lo entiende. (*continúa leyendo.*) «Pero, como nuestra entrevista podria ser interrumpida, espero á usted en el pabellon del jardin. El ramo de camelias que lleva usted, arrojado por la ventana, me servirá de aviso.»
LUIS. De camelias?...
VIC. (*como herido por una idea.*) Ah!... las flores favoritas de la baronesa!... Esta mañana tambien las llevaba!... Oh! ahora concibo por qué el Conde nos ha dejado! Traidor! Y yo que creia que era por la arrendataria!...
LUIS. Cómo?...
VIC. Sí, querido mio; fingia hacer la córte á su esposa de usted, mientras que era á la baronesa!... Y yo le ayudaba, yo!
LUIS. Ola!
VIC. Comprende usted?.. Yo creia que engañaba á usted, y era yo el engañado!... Esto es horroroso!.. Pero me vengaré... quiero sorprenderlos.
LUIS. Permita usted, quisiera saber...
VIC. Imposible... (*buscando su sombrero.*) Ya estan juntos; la cita es á las tres.
LUIS. Las tres! (*mirando el reló que está en la pared.*)
VIC. Esto es espantoso!... Pero no me conocen; cuando me encolerizo, y voy á encolerizarme... oh! entonces soy un Otelo! Triste de ellos! (*vase.*)

ESCENA X.

LUIS *solo.*

El pintor se enfada, pero es á mí á quien todo esto concierne; porque el billete del Conde es para Eugenia... para mi mujer... (*con indignacion.*) Es decir que mientras le recibia en mi casa, trataba de deshonrarme! Ah! es una infamia. (*con violencia.*) y yo le enseñaré... (*deteniéndose y cambiando de tono.*) Qué es lo que voy á enseñarle?.. Qué soy un imbécil que me encolerizo... para tener en todo el aspecto de marido?... Además, el único medio de conservar el amor de su mujer, es el probarle que uno la merece mejor que ningun otro... Y bien... por qué no intentarlo con Eugenia?... El Conde ha empeñado la partida; es preciso ganarla; esto me será mas fácil ahora que conozco su juego... Sí, hagamos la prueba.
EUG. Pero estás seguro? (*dentro.*)
BAR. Muy seguro. (*dentro.*)
LUIS. (*mirando á la derecha.*) Aquí viene Eugenia... con Bartolo... Volveré cuando esté sola. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA XI.

BARTOLO, EUGENIA; *salen por la puerta primera de la derecha.*

EUG. Y el Conde acababa de darte el album?

BAR. Para entregárselo á usted; pero el amo quiso encargarse de él...
EUG. (Dios mio! Y si contenia algo!)
BAR. Aquí estaba cuando se lo dí.
EUG. Aquí?
BAR. (*volviendo á poner en su sitio la mesa en que está la ponchera.*) Si señora... y mire usted... lo ha puesto sobre el velador.
EUG. El album?... ah! (*lo toma y se pone á ojearlo.*) Con tal que no haya nada!... No... nada veo... por mas que repaso... (*viendo que Bartolo la mira.*) Ya puedes volver á tu trabajo.
BAR. (*sin moverse.*) No me necesita usted?
EUG. (*con impaciencia.*) No, vete... Que te vayas, digo!
BAR. Ya me voy, señora; ya me voy.

ESCENA XII.

EUGENIA *sola; continúa ojeando el album.*

Solo contiene dibujos... oh! qué miedo he tenido!... El Conde es tan audaz... Si me hubiera escrito y hubiese leido la carta mi marido!...

ESCENA XIII.

LUIS, EUGENIA. LUIS *se ha quitado la blusa y sale con un elegante traje de caza.*

LUIS. La... la... la... (*tarareando.*)
EUG. Ah! (*cierra de pronto el album y lo pone sobre la mesa.*)
LUIS. (*fingiendo verla.*) Ola! estás ahí?
EUG. (*balbuceando.*) Si... te bus... te buscaba...
LUIS. He ido á quitarme la blusa de viaje.
EUG. En efecto... (*mirándole.*) no te he visto nunca ese traje...
LUIS. Es un traje de caza que he comprado en la ciudad... El no ser Marqués, no es una razon para asustar... acaso no estoy bien?
EUG. Al contrario... (*que le mira con cierta admiracion.*)
LUIS. Te gusta! Me alegro. (*mirándola.*) Pero, querida, no habia reparado lo elegante que estás tú tambien...
EUG. (*turbada.*) Como teníamos... gente... creí que debia...
LUIS. Y has creido muy bien; es preciso embellecerse para sus huéspedes... tanto mas, cuanto el marido se aprovecha... de la coyuntura... Tambien tienes un ramo... (*retrocediendo.*) oh! de camelias!
EUG. No te gustan estas flores? (*admirada.*)
LUIS A mí? Ay! esposa mia, las odio desde niño.
EUG. Por qué?
LUIS. Tenia ocho años cumplidos, y vivia en casa de mi tio Antonio, el jardinero, cuando se me ocurrió cojer todos los capullos de la única camelia que habia en el invernadero!...
EUG. Ay! Dios mio!
LUIS. En aquel tiempo era una flor rara, y el crímen tanto mas imperdonable, cuanto que me habian señalado el arbusto como el árbol del bien y del mal en el paraiso terrestre... Así, pues, toda la familia se reunió en tribunal, y se decidió por unanimidad que para enseñarme á conocer en adelante el fruto prohibido, se me daría una leccion de botánica... (*indica con el gesto dar azotes.*) segun el método antiguo.
EUG. Oh! (*sonriendo.*)
LUIS. Ya ves qué afrenta tan sensible... para mi amor propio!... La impresion fué tan fuerte, que hoy es, y no puedo todavía estar delante de una camelia, sin verme á mí mismo en la humillante postura que me enseñó á conocerlas.
EUG. Já! já! já! (*riendo.*)
LUIS. Sé que esto es muy ridículo... sobre todo, para un lugareño como yo... pero esa flor me escita los nervios... Así, pues, si fueras tan buena (*en tono de súplica.*) y amable, como siempre, me sacrificarias tus camelias.
EUG. Yo?...
LUIS. O mas bien, no, nada de sacrificios... te propongo un trato... (*se dirige á la caja que está sobre una silla junto á la ventana del foro.*)
EUG. Un trato?...
LUIS. (*mirando con precaucion por la ventana.*) (Allí está el Conde, esperando la señal.) (*alto.*) Si... ves esta caja que te traigo de la ciudad?
EUG. Para mí?... Ay! qué es? (*queriendo tomar la caja.*)
LUIS. Oh! no... poco á poco... (*deteniéndola.*) no te la doy sino es á cambio de tu ramo.
EUG. Mi ramo?... Tómalo. (*presentándole las camelias.*)
LUIS. Oh!... yo no quiero verlo. (*retrocediendo.*)
EUG. Entonces, será preciso... (*Luis le hace señas de que lo eche por la ventana,*) Tirarlo por la ventana?
LUIS. Sí... eso (*Eugenia tira el ramillete.*) Muy bien...
EUG. (*tomando la caja.*) Ahora me pertenece la caja?
LUIS. Sí... (*mirando por la ventana.*) Lo ha cogido... Oh!... (*se esconde para no ser visto desde fuera.*)
EUG. (*desatando las cintas de la caja.*) Tengo curiosidad de saber lo que contiene.
LUIS. Ya atraviesa el patio... (*asomándose aun por la ventana.*)
EUG. Oh! abrigo de pieles. (*que ha abierto la caja.*)
LUIS. Entra en el jardin... bueno... (*á la ventana.*) es preciso que permanezca en él. (*Luis cierra la puerta del jardin por donde se fué el Conde, guarda la llave, y cierra tambien la del salon.*)
EUG. (*examinando el abrigo.*) Es de Marta!.. Como el de la baronesa!... (*con alegría.*) Oh! yo que deseaba uno hace tanto tiempo... Pero has hecho muy mal. (*cambiando de tono.*) Esto es una locura!... Para castigarte, debiano ponérmele nunca... Si me estará bien? (*se pone delante del espejo que está sobre la chimenea; prueba el abrigo.*)
LUIS (Tengo tambien la llave del pabellon, de modo que el señor Conde se verá obligado á pasearse al fresco.)
EUG. (*mirándose el abrigo en el espejo.*) No parece sino que se ha hecho para mí.
LUIS. (*acercándose con galantería.*) Es decir que está bien?
EUG. Es decir, que me contemplas demasiado. Siempre que tengo la imprudencia de manifestar un deseo, ó solamente un gusto, le satisfaces á todo precio... y acabaré por arruinarte.
LUIS. No lo creas; estoy en fondos; acabo de vender una partida de mis educandos.
EUG. Cómo?
LUIS. Si, ya sabes que nosotros llamamos á los animales nuestros educandos... como los catedráticos de la universidad. Tenia muchos bueyes, y los he transformado en pieles de marta... es mi regalo de bienvenida.
EUG. Acaso tenias necesidad de eso?... (*afectuosamente.*) No era bastante el placer de verte... despues de ocho dias de ausencia?

Luis. Ah! si... ocho dias muy tristes... (*suspirando.* Por eso he atropellado mis negocios, sobre todo, cuando supe que el Conde se habia refugiado en la quinta.

Eug. Te lo avisó su primo?

Luis. Y me refirió todo lo ocurrido.

Eug. (*inquieta.*) Qué! Conoces la causa del duelo?

Luis. Con todos sus pormenores.

Eug. (Ay! Dios mio!)

Luis. Ha sido por una tal Carolina, bailarina del Teatro Real.

Eug. Qué! No lo creas.

Luis. Ah! te han hablado quizá de una prima donna? Esa era la segunda causa; tambien habia una tercera, perteneciente á la literatura.

Eug. Es posible?

Luis. Si .. como el Conde ama tanto las artes, procura siempre estar en... contacto con todas las musas.

Eug. (Y decia que fué por mí!...) (*alto.*) Pero esa conducta es horrorosa!

Luis. No, querida!... Los hombres de mundo no pueden vivir como nosotros, buenos maridos, dedicados siempre á una sola mujer, trabajando para satisfacer todos sus deseos, y soñando con ella... cuando no podemos hacer otra cosa; las personas bien nacidas aman la variedad.

Eug. (*con despecho.*) Sí, y nada los contiene en esas costumbres... ni se cuidan siquiera de saber si hay mujeres á quienes sus pretensiones parecen injuriosas.

Luis. Cómo! Habrá querido el Conde distraerse tambien por aquí?

Eug. No digo eso; pero hay en el gran mundo cosas, á que no puedo acostumbrarme, y luego que el Conde pueda marchar...

Luis. Pardiez! Eso es muy fácil. Ya me he ocupado de los medios...

Eug. Me alegro!... así nos quedaremos libres y solos.

Luis. (*tomándole las manos.*) Eso es... pasaremos el invierno mano á mano... pero mas cerca del fuego. (*llevándola hácia la chimenea.*)

Eug. Sí, aquí. (*señalando el confidente y sentándose.*)

Luis. Eso es... (*sentándose junto á ella.*) y tus lindos piés sobre este taburete.

Eug. Y las manos debajo de mi abrigo.

Luis. Oh! no, las manos las guardo yo. (*tomándole las manos. Estrechando las manos de Eugenia contra su pecho y llevándolas á sus labios.*) Es tan dulce, para un marido que ama á su esposa, permanecer así al lado de ella... (Sobre todo, cuando sabe que el amante está en el jardin.)

Eug. Oh! si... se está tan bien junto al fuego... mientras se oye caer la nieve...

Luis. (*mirando hácia la ventana.*) Y á fé, que cae de veras!... (Desearía saber lo que hace el Conde en la huerta... Si se habra helado? (*se oye estornudar debajo de la ventana.*) Ah! no... todavía respira.)

Eug. (*tiernamente á Luis.*) Conque está convenido, amigo mio, que no me dejarás ya?

Luis. Te lo prometo. (*abrazándola.*)

ESCENA XIV.

Los mismos, el Conde, *abriendo bruscamente la ventana de la derecha.*

Con. Oh! No me contengo mas.

Eug. El Conde! (*se levanta dando un grito.*)

Luis. (*tranquilamente.*) Entre usted, señor Conde.

Con. (*de mal humor y tiritando.*) Siento incomodar á ustedes.

Luis. Nada de eso; es una conversacion que volveremos á empezar.

Eug. (*algo turbada.*) El señor Conde estaba en el jardin?

Con. (*yendo á calentarse.*) Cuya puerta han cerrado... lo mismo que la del pabellon... de modo que me estoy paseando hace media hora sobre la nieve... Brrr!... (*tiritando.*)

Eug. Ay! Dios mio!

Luis. Vea usted, y yo aquí tan calentito y tan divertido. (*El Conde que se halla enfrente de Luis, le vuelve bruscamente la espalda, y se pone á pasear incómodo.*) Ese paseo ha debido refrescar singularmente las ideas del señor Conde...

Con. Hein?

Eug. Voy á reanimar el fuego...

ESCENA XV.

Los mismos, Victor, *saliendo por el foro.*

Vic. Esto es horrible!... Espantoso!

Luis. (Ola! el pintor.)

Vic. Pero no lo sufriré. (*viendo á Luis.*) Ah! Querido mio, vengo del pabellon.

Luis. Donde no ha encontrado usted á nadie?

Vic. Al contrario... estaban allí.

Luis. Quiénes?

Vic. La baronesa y el juez.

Luis. Calle usted! De veras?

Vic. Y vea usted una cosa que no comprendo; por qué el billete estaba escrito por el Conde.

Eug. (Qué dice?)

Con. (*dejándose ver.*) Un billete?... De dó de sabes?

Vic. Pardiez! El amigo Luis me lo dió á leer...

Eug. Ah!...

Con. Él? Luego sabia... (*mira á Luis que le saluda.*) Ah! ahora lo comprendo todo!... He sido burlado por la señora...

Eug. Por mí?

Luis. Nada de eso... A mí solo es á quien el señor Conde tiene que agradecer su paseo.

Con. Falta saber cómo trato yo de agradecerlo. (*con cólera mal contenida.*).

Vic. (Qué dice?)

Con. Soy poco aficionado á burlas... (*conteniéndose menos.*)

Vic. Pst! Pst! (*queriendo detener al Conde, le hace señas y se acerca á él.*)

Con. (*conteniéndose apenas*) Y siempre he acostumbrado á pedir cuenta de ellas...

Vic. (*bajo al Conde*) No le irrites; mira que ha sido maestro de armas.

Con. (*estallando.*) Eh! qué importa?... Nunca he sufrido impunemente una insolencia.

Luis. Qué oigo?... (*fuera de sí.*) (*Eugenia se lanza dando un grito hácia Luis; este la tranquiliza y dice con dignidad.*) El señor Conde se ha equivocado, sin duda, de palabra.

Con. De ningun modo.

Luis. Entonces... ha sido de persona!... Porque se me figura que los papeles están singularmente trocados... Soy yo, el marido, de quien han querido burlarse, y es el Señor Conde quien se queja de no haberlo conseguido!... Es decir, que era preciso resignarme, por política, á ser... vencido.

Vic. (*bajo al Conde.*) En efecto, tú eres el que has obrado mal.

Luis. Pero séame permitido, al menos, preguntar al señor Conde, qué derecho tenía á la victoria... Va-

mos... francamente y sin vanidad... acaso se cree mejor que yo?...

CON. Pero... (*turbado.*)

LUIS. Cuál es tu opinion, Eugenia?

EUG. Oh! (*apoyándose en el brazo de su esposo.*)

LUIS. La respuesta es cortés... pero clara.—En cuanto á talento... confieso que tengo menos que el señor Conde; pero por qué no se ha aprovechado de él ahora?...

CON. Está bien. (*con impaciencia.*)

LUIS. (*besa la mano de Eugenia.*) En cuanto al amor, ese es el fuerte de nosotros los lugareños, que no tenemos las distracciones del Teatro.

VIC. Oh!...

CON. Heim?...

LUIS. De modo que sobre ese punto podemos desafiar á todos los cortesanos.

VIC. (*bajo al Conde.*) (Decididamente, amigo, has perdido la partida.)

CON. Pues bien!... lo confieso... (*haciendo un esfuerzo.*) El triunfo de Duran es completo; seria poco noble el desconocerlo.

EUG. Y el resentirse de ello; asi espero que el Conde no nos guardará rencor.

LUIS. (*con ingenuidad.*) Pues no faltaba mas; al contrario, quiero que nos escriba despues de su marcha.

CON. Mi marcha?

LUIS. Si; creyendo á usted inquieto y mal en esta casa, hablé esta mañana al Alcalde, á mi paso por el pueblo, y aguardo las cédulas de vecindad.

ESCENA XVI.

Los mismos, BARTOLO.

BAR. (*enseñando unos papeles á Luis que los toma.*) Aquí están, señor.

LUIS. Oh! vea usted cómo es hoy feliz en todo. Tambien he mandado enganchar la mula á la tartana.

VIC. (*que ha examinado los papeles.*) Pero aquí hay dos cédulas!

LUIS. Sí; he creido que usted desearía tambien acompañar á su amigo.

VIC. Oh! tiene usted razon!... No se dirá que la baronesa se ha burlado de mí impunemente, y ofrezco que tan pronto como reciba el adelanto pedido á un mercader de cuadros...

LUIS. Eso no le hace; si necesita usted cuatro, cinco, ó seis mil reales...

VIC. Qué! De veras puede usted disponer... luego en el campo tienen ustedes dinero?...

LUIS. Por fuerza; aquí no somos bastante ricos para tener deudas...

VIC. Antiguamente se miraba á los campesinos como unos pobres diablos, como unos zopencos!... Segun parece, ese tiempo ha pasado; ahora tienen habilidad...

CON. Talento...

EUG. (*tomando la mano de su esposo.*) Y corazon, sobre todo, para dar *Una leccion á tiempo.*

FIN.

PINTO:

IMPRENTA DE G. ALHAMBRA, MONJAS, 8.

—

1867.